

Política y neoliberalismo

OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO*

Resumen

En este artículo se discute el neoliberalismo como un modelo político de repercusiones económicas, sociales y culturales que sirve de fundamento a un proceso de globalización económica de grandes grupos empresariales cuya característica principal es la exclusión de países y regiones, principalmente en el mundo subdesarrollado. Asimismo, son analizados los principales estragos en la población mayoritaria del planeta y en especial en el llamado Tercer Mundo, destacándose la clausura de expectativas para pueblos enteros y un proceso de indudable disolución de la unidad constitutiva del Estado y de los capitales nacionales. Se intenta, por lo tanto, una propuesta alternativa de lucha, en primera instancia, contra el modelo.

Abstract

This article discusses Neoliberalism as a political model which has economic, social and cultural repercussions that may be seen as the foundation of a process of economic globalization promoted by large corporations. Its main characteristic is the exclusion of underdeveloped regions and countries from its benefits. It also analyzes the main negative consequences of this process on the major world population, specifically the one who inhabits the so called Third World, thus bringing to an end its expectations as well as the dissolution of the unity of the national State and capital. Therefore, the purpose of this article is to pose an alternative proposal for struggling against the neoliberal model.

Consideraciones previas

1. No es lo mismo neoliberalismo que mundialización (o globalización) de la economía, aunque sean conceptos complementarios. El neoliberalismo es mundial, o casi, pero es fundamentalmente un modelo político de repercusiones económicas, sociales y culturales, mientras que la mundialización de la economía es una realidad re-

* El autor quiere agradecer al Dr. Alfredo Suárez, de la Universidad de Amiens, Francia, sus atinados comentarios a este artículo.

lativa, además de un nuevo imperialismo que tiende a disolver, sobre todo en los países subdesarrollados, la unidad constitutiva del Estado y del capital nacional y subordinarlos al poder de las empresas. (Este fenómeno no se da, “casualmente”, en Estados Unidos, Japón y Alemania, donde la coordinación entre el Estado y las grandes empresas sigue existiendo.)

2. La lucha contra el neoliberalismo, como modelo político-económico, y contra la mundialización, tiene que ser popular e internacional, independientemente de las formas que adquiera en cada país. En los países subdesarrollados y en no pocos que se supone que están en el Primer Mundo, esta lucha tendrá que pasar por el fortalecimiento del Estado-nación *sobre bases populares, democráticas y verdaderamente representativas*; es decir, no del fortalecimiento *a secas* del Estado-nación.

Estas dos consideraciones deben ser complementadas con otras dos que, aparentemente, no tienen que ver con las anteriores:

3. Economía y política, aunque varios autores insisten en separarlas, son elementos fuertemente vinculados y necesariamente complementarios en su forma y extensión, alcances o consecuencias.

4. El llamado *Post-marxismo* y también el llamado *Post-modernismo*, aunque han logrado algunos aciertos conceptuales, tienen la intención no explícita de soslayar dos de las esencias del capitalismo: su lógica totalizadora y la existencia de clases sociales.

Estas cuatro consideraciones son, a mi juicio, fundamentales para una posible presentación de alternativas al neoliberalismo, que es el tema que ahora nos ocupa. Por ahora, la cuarta consideración sólo queda apuntada para una posterior exploración.

1. Neoliberalismo y mundialización

El *neoliberalismo* es mundial o casi mundial, como modelo político impuesto por el Fondo Monetario Internacional y por el Banco Mundial, principalmente a los países del Tercer Mundo (aunque no exclusivamente), mientras que la llamada *globalización* (que prefiero denominar *mundialización*) sólo es mundial en un sentido: en tanto que poder económico dominante en una nueva división internacional del trabajo diferente en muchos aspectos a cualquiera que

se haya dado anteriormente, y reforzado por las grandes transformaciones tecnológicas y por las políticas neoliberales de las últimas dos décadas.

El modelo neoliberal pudo imponerse gracias al endeudamiento externo de los países tanto capitalistas no altamente desarrollados como de aquellos que se autodenominaron socialistas,¹ especialmente a partir de la crisis del capitalismo mundial iniciada a mediados de los años setenta. Las renegociaciones de la deuda, principalmente, fueron condicionadas por el FMI y el BM a la adopción de ciertas medidas políticas y de naturaleza económica impuestas por los gobiernos de cada país. Estas medidas fueron, en lo fundamental, las siguientes: *privatización de empresas públicas, disminución del déficit público, disminución drástica de los gastos sociales, topes salariales y homogeneización hacia abajo de los salarios, desmantelamiento de los sindicatos como asociaciones de defensa de los trabajadores, desregulación económica del Estado y apertura comercial y a las inversiones extranjeras*. En síntesis, eliminar todos los obstáculos que puedan encontrar los flujos de mercancías y de dinero.

El modelo neoliberal tiene restricciones muy importantes en su aceptación universal. Japón, por ejemplo, más que otros países que controlan a las instituciones surgidas de Bretton Woods,² no ha aceptado las directrices del Banco Mundial como esta institución las ha querido imponer (y las ha impuesto) en muchas otras naciones. Es más, Japón ha devenido uno de los *shareholders* más importantes del BM y del FMI y con su influencia económica (financiera e industrial) ha logrado cuestionamientos serios al modelo neoliberal que, dicho sea de paso, se considera fracasado como perspectiva capitalista por los grandes problemas que ha creado en el consumo, en el empleo, en la distribución de la riqueza, en el desarrollo llamado sustentable y en la ecología mundiales, sin soluciones de corto, mediano o largo plazos en el esquema que lo caracteriza. Japón es una

¹ De éstos, principalmente en Rusia, Hungría, la hoy República Checa y Polonia, por ser los que mayor desarrollo relativo tienen de los países de Europa oriental y por haber recibido los mayores montos, entre 1991 y el presente, por programas auspiciados por el FMI.

² Los países que controlan el FMI son, en primer lugar, Estados Unidos y le siguen Japón, Alemania, Francia y Reino Unido. Véase al respecto el libro de Patrick Lenain, *Le FMI, Paris, La Découverte*, 1993, donde se explica didácticamente desde la fundación del FMI y el BIRD (BM) y lo que ahora es la Organización Mundial del Comercio (antes GATT), hasta los ajustes estructurales *impuestos* a los países subdesarrollados y la transición de los países del Este de Europa hacia la denominada economía de mercado.

de las potencias que más ha tratado de influir sobre el papel que debe jugar el Estado tanto en la promoción de la actividad económica, para evitar grandes desviaciones, como en la distribución de la riqueza en una lógica capitalista, y este intervencionismo estatal, como se sabe, es contrario totalmente al modelo neoliberal.³ Otra potencia económica en donde el modelo neoliberal ha encontrado fuertes resistencias a pesar de la orientación liberal (demócrata-cristiana) de su gobierno es Alemania, pero debe reconocerse que en este país se ha cedido, con cautela y discriminadamente, a algunas de las medidas neoliberales más importantes, como es el caso de ciertas privatizaciones. La situación de los países escandinavos tendría que verse aparte.

En otros países se han frenado algunas políticas neoliberales, pero no precisamente por decisiones de gobierno sino, al contrario, por presiones de los trabajadores y de sectores de población no organizada. Las huelgas de diciembre de 1995 en Francia frenaron la política neoliberal a ultranza de Chirac-Juppé que intentaba ir mucho más allá de las privatizaciones iniciadas en 1986 por el gobierno de Mitterrand. Vale decir que estas huelgas, que no sólo fueron en París sino en las principales ciudades de Francia e incluso en pequeñas poblaciones donde los transportes son locales, contaron con el apoyo decidido de la población. Debe enfatizarse, asimismo, que a pesar de que el porcentaje de sindicación en ese país, como en muchos otros (de nuevo con la excepción de Escandinavia), ha disminuido drásticamente de 24-30 por ciento de la población económicamente activa hace 20 años a 10 por ciento en nuestros días, los sindicatos han logrado suficiente cohesión y unidad de acción como para haber llevado a cabo unas jornadas de movilización que incluso rebasaron a las del ya legendario mayo francés del 68.⁴

En México, guardando toda proporción, se han llevado a cabo movilizaciones que han enfrentado a las fuerzas militares y policia-

³ Véase al respecto el erudito estudio de Robert Wade, "Japan, the World Bank, and the Art of paradigm Maintenance: *The East Asian Miracle* in Political Perspective", *New Left Review*, Londres, no. 217, mayo-junio de 1996, p. 3 y ss.

⁴ Daniel Bensaïd, "Neo-Liberal reform and Popular Rebellion", *New Left Review*, Londres, no. 215, enero-febrero de 1996, pp. 109-116. Bensaïd, al final de su artículo, dice que muchos de los periodistas quisieron ver en el movimiento de diciembre la última huelga arcaica de una era que está terminando. Y se pregunta: ¿por qué no sería la primera huelga antineoliberal del próximo siglo?

cas para detener, también, privatizaciones que el pueblo mexicano no acepta. El caso de la petroquímica en Tabasco es muy ilustrativo pese a que el gobierno insiste en vender. Si por el gobierno fuera, el país completo ya estaría vendido. Y aquí radica una de las diferencias más importantes con gobiernos como el de Japón: mientras el gobierno de este país está convencido de que el Estado debe intervenir en la orientación de la industria y en la regulación general de la economía, el mexicano está convencido de que en la fuerza de los mercados, es decir, de las grandes empresas nacionales y extranjeras (o de ambas asociadas), radica la soberanía de México⁵ y, por lo mismo, un promisorio futuro del pueblo y del país... para las calendas griegas.

Tales situaciones de excepción son las que no permiten hablar de la implantación mundial del modelo neoliberal, pero en este caso las pocas excepciones confirman la regla: el neoliberalismo, como modelo político, es mundial y lo es porque muy pocos gobiernos de países endeudados se han resistido a enfrentarse con sus acreedores bancarios o porque en muchos gobiernos predominan tecnócratas convencidos de las bondades del modelo estadounidense experimentado primero, con crudeza y alarmantes resultados, en el Reino Unido de la Gran Bretaña.

Decíamos al principio que si bien el neoliberalismo es mundial (o casi), la mundialización o globalización es relativa. Y en esta diferencia se ubica uno de los principales problemas políticos del momento. El neoliberalismo, como antes el liberalismo, es un patrón ideológico-político necesario para el modelo de la llamada globalización de la economía. Algo semejante ocurrió antes de la generalización del capitalismo como sistema económico dominante, con una diferencia fundamental: que el liberalismo estaba acompañado

⁵ Al momento de escribir estas líneas leo en *La Jornada* (22/7/96), como principal de la primera plana la siguiente noticia: "Abren el Istmo al capital extranjero". Y como subtítulos: "Ofrecerían megaproyecto a estadounidenses y árabes" y "El plan incluye autopista, corredor ferroviario y generación eléctrica". Vale recordar que el Istmo de Tehuantepec, en el sur de México, ha sido objeto de interés por parte de Estados Unidos, principalmente, desde antes de que se abriera el Canal de Panamá, y que durante la Segunda Guerra Mundial, bajo condiciones de estrategia bélica, el gobierno de Estados Unidos presionó infructuosamente al mexicano para que se abriera ese estrecho al tráfico expedito de mercancías y, ¿por qué no? de armamentos y efectivos militares. Ahora, según todo indicio, se sacrifica un bastión estratégico de la soberanía nacional por unas cuantas inversiones, corroborándose que la mundialización de la economía ha logrado la subordinación de gobiernos nacionales de países como México.

de un aparato teórico-ideológico que prometía libertades, democracias e igualdad por lo menos ante la ley, además de la reafirmación o, en su caso, de la formación de Estados-nación soberanos. El neoliberalismo, en cambio, aparte de intentar la destrucción de la unidad constitutiva del Estado y del capital nacional, ha acentuado en cada país y en el campo internacional las desigualdades sociales y económicas, por la vía del desempleo masivo y de recortes presupuestales del gasto público, sobre todo social, obligando a los gobiernos a adoptar medidas crecientemente autoritarias que niegan en la práctica los principales valores del liberalismo: las libertades, la democracia, la justicia. En algunos países, y no sólo en África como se ha querido creer, los niveles de pobreza y de extrema pobreza han llegado a niveles intolerables éticamente: más de mil millones de seres humanos en el mundo ganan menos de ocho pesos mexicanos per cápita al día y aun en los países altamente industrializados, con la excepción de Japón, el desempleo rebasa el cinco por ciento (y a veces el 10 por ciento) de la población económicamente activa, para no hablar del desempleo, del empleo aparente y de la economía informal en los países subdesarrollados. Se ha dicho mucho, pero no demasiado, que para el fin de este siglo un tercio de la población mundial será prescindible para la economía dominada por las grandes empresas transnacionales. Pero también se ha demostrado que, por primera vez en su historia, el capitalismo no tiene respuestas para los problemas que ha creado: “casi dos tercios de la población mundial —cita en el *Financial Times*, Eric Hobsbawm—, han obtenido muy poco o ningún beneficio de este rápido crecimiento económico. En el mundo desarrollado el cuartil más bajo de los asalariados ha experimentado más bien un aumento que un descenso”.⁶

El neoliberalismo es, entonces, el modelo mundial para garantizar lo que se ha llamado “globalización” o mundialización de la economía. En otros términos, el neoliberalismo crea las condiciones políticas para la mundialización, pero ésta no es exactamente mundial, por lo que las soluciones que ofrece el neoliberalismo no pueden ni podrán cumplirse salvo para un puñado de países y, aun en estos,

⁶ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX (1914-1991)*, Barcelona, Crítica-Grijalbo Mondadori, 1995, p. 567.

la vieja ley del desarrollo desigual y combinado sigue y seguirá vigente, pues para colmo el modelo se ha implantado de manera fragmentada y en ciertas áreas o regiones de cada país, especialmente de los países subdesarrollados o en vías de serlo, aumentando con ello las asimetrías no sólo internacionales sino en cada país.⁷

Durante varios años una gran cantidad de autores dieron por hecho que la mundialización de la economía era una realidad. En mayo de este año, sin embargo, fueron publicados dos libros, uno en Inglaterra y otro en Francia, que cuestionan seriamente la validez del concepto "mundialización". Dicho cuestionamiento, como sus autores sugieren, no es un ejercicio académico, sino que tiene que ver con estrategias de oposición al modelo, con la lucha por la humanidad y por la preservación del planeta para *todos* sus habitantes y no sólo unos cuantos. Estos libros son *Globalization in question*,⁸ de Paul Hirst y Grahame Thompson, y *Misère du capital. Une critique du néolibéralisme*,⁹ de Michel Husson.

Para Hirst y Thompson la mundialización (que ellos llaman globalización) es más que todo un mito. Y dicen que hay precedentes de la alta internacionalización económica del presente, que en ciertos aspectos es menos abierta e integrada que de 1870 a 1914. Añaden que las compañías genuinamente transnacionales son relativamente raras, ya que la mayoría son de base nacional y de relaciones comerciales multinacionales. La movilidad de capital, que sería otra característica de la globalización, no ha producido una transferencia masiva de inversiones y de empleo de los países avanzados a los subdesarrollados, sino más bien la inversión extranjera directa está altamente concentrada entre las economías industriales avanzadas, y el Tercer Mundo permanece marginado tanto de las inversiones como del comercio, considerando por separado a la pequeña minoría de nuevos países industrializados. Por lo tanto, la economía mun-

⁷ "El grado de disparidad del ingreso en México está entre los peores del mundo, cita *The New York Times*, y continúa creciendo en forma aberrante. Excluyendo a los países africanos, México tiene el abismo más grande entre ricos y pobres, según estadísticas de la ONU y del Banco Mundial. El 10 por ciento de los ricos controlan el 41 por ciento de la riqueza del país, mientras que la mitad de la población total recibe sólo el 16 por ciento del ingreso nacional", *La Jornada*, 21 de julio, 1996.

⁸ Paul Hirst y Grahame Thompson, *Globalization in question. (The international economy and the possibilities of governance)*, Londres, Polity Press, 1996.

⁹ Michel Husson, *Misère du capital, Une critique du néolibéralisme*, Paris, Syros, 1996.

dial está lejos de ser genuinamente “global”, ya que el comercio, las inversiones y los flujos financieros están concentrados en la Tríada Europa, Japón y Estados Unidos, permitiendo que estos países tengan la capacidad, especialmente si ellos coordinan sus políticas, de ejercer fuertes presiones de gobierno sobre los mercados financieros y otras tendencias económicas.¹⁰

Para Husson, la mundialización tiene también límites muy serios que permiten cuestionarla como tal. Acepta que existe la formación de un mercado mundial unificado, que está conformándose progresivamente, en una yuxtaposición de mercados nacionales, como un mercado global que tiende a devenir el horizonte estratégico natural de las grandes firmas, ampliado entre otras razones por el hundimiento de lo que él llama sociedades burocráticas del Este. Sin embargo, añade, se cometería un error fundamental al presentar este movimiento de mundialización como una simple búsqueda de aperturas necesarias a la salida de productos excedentes o como el desplazamiento de una división internacional del trabajo fundado en la “deslocalización” de segmentos productivos de fuerte contenido de mano de obra. Y, en coincidencia con Hirst y Thompson, señala que la característica esencial del proceso actual de mundialización es el predominio de movimientos de inversión directa en los países del Norte. La globalización es también, en gran parte, una globalización financiera gracias a la desreglamentación casi universal de los mercados de capitales y de las monedas.¹¹

Políticamente, Husson, como también en parte Hirts y Thompson, destaca que las firmas multinacionales tienen una nueva autonomía en relación con los Estados, lo cual hace del fenómeno una situación nueva; esto es, “el dominio de intervención y los intereses económicos de los grandes grupos no coinciden más, necesariamente, con los de su Estado de origen”, salvo en Japón, Alemania y Estados Unidos. Sin embargo, las más grandes firmas mundiales continúan apoyándose sobre una base nacional de origen, razón por la cual varios países europeos encuentran problemas de competencia y de acumulación interna en la dificultad de hacer surgir grandes grupos de capital. Pero no debe soslayarse que, en promedio, la implantación

¹⁰ P. Hirst y G. Thompson, *op cit.*, pp. 2-3.

¹¹ M. Husson, *op cit.*, pp. 95-97.

de las firmas multinacionales en el extranjero es todavía modesta: en 1990 representaba, respectivamente, 6, 17 y 20 por ciento de la producción de las firmas industriales japonesas, alemanas y estadounidenses, y aunque el flujo de inversiones directas al extranjero ha progresado mucho, en 1990 no representaba sino el 1.1 por ciento del producto bruto mundial. Y añade Husson: la parte de la producción manufacturera controlada por firmas no pertenecientes al país donde aquélla se realiza, alcanza hoy sólo el 15 por ciento, y aunque llegara al 20 por ciento en el año 2000, estaría muy lejos de expresar una extraterritorialidad como característica principal.¹²

2. Nuevo imperialismo

El nuevo imperialismo no se caracteriza porque las grandes empresas dominen la economía, pues ésta ha sido la característica del imperialismo desde su nacimiento. Tampoco significa que las grandes empresas (transnacionales, multinacionales o como se les llame) utilicen el poder de los Estados de origen para defender o ampliar sus intereses en los países de destino de sus inversiones, pues ése ha sido el papel del Estado en los países capitalistas y particularmente en los países desarrollados. El nuevo imperialismo, como es fácil desprender, tampoco se distingue porque los intereses de las grandes empresas, con o sin ayuda de sus Estados de origen, traten de influir en gobiernos de otros países mediante movimientos desestabilizadores, golpes de Estado e incluso intervenciones militares abiertas o disfrazadas, pues ha sido la constante, como bien lo sabemos en América Latina. (La literatura sobre el imperialismo y sus efectos en los países del llamado Tercer Mundo es tan amplia y conocida que sería inútil tratar de citarla en este espacio).

No. El nuevo imperialismo tiene características suficientemente diferentes como para llamarlo nuevo, aunque todavía habría que estudiarlo más a fondo. En primer lugar, ha sido precedido de un modelo político de repercusiones económicas, sociales y culturales sin precedentes históricos por su alcance, aplicación y casi uniformidad (el neoliberalismo). En segundo lugar, no tiene oponentes institucionales (estatales), desde que los principales países llamados

¹² *Idem*, p. 98.

socialistas dejaron de existir (China, si acaso pudiera ser considerado un país socialista, podría, al ritmo de crecimiento que lleva, convertirse en una potencia contrapeso, pero ninguna estimación para antes de 20 años permitiría suponer que esto ocurra).¹³ En tercer lugar, se basa en la *prescindibilidad* de pueblos enteros que no son útiles a las empresas como productores o consumidores, pues el criterio no explícito, apuntado por Emmanuel hace muchos años, es que los recursos físicos no renovables no serían suficientes para garantizar siquiera el nivel de vida de los pueblos de los países desarrollados si otros países se desarrollaran. En cuarto lugar, al disolver la unidad constitutiva del Estado y de los capitales nacionales, en la lógica neoliberal de *Estados reducidos, gobiernos fuertes* (hacia adentro) y *sociedades individualizadas* por los efectos de la crisis y, por lo tanto, dominada además por la destrucción de sus formas tradicionales de organización defensiva; al ocurrir todo esto en conjunto, se han desmantelado (o están en esta vía) los mecanismos nacionales (e institucionales, en un regreso de golpe al siglo XIX) de protección a la población mayoritaria (no sólo trabajadora) que está siendo víctima del proceso de mundialización relativa de la economía.

Quisiera, citando a Hobsbawm,¹⁴ mencionar tres principales aspectos de la economía mundial que debieran preocupar a todos:

1. La tecnología expulsa trabajo humano de la producción de bienes y servicios, “sin proporcionar suficientes empleos del mismo tipo para aquellos a los que había desplazado, o garantizar un índice de crecimiento económico suficiente para absorberlos”.

2. Mientras “el trabajo seguía siendo un factor principal de la producción, la globalización de la economía hizo que la industria se desplazase de sus antiguos centros, con elevados costos laborales, a países cuya principal ventaja —siendo las otras condiciones iguales— era que disponían de cabezas y manos a buen precio.” Y aquí

¹³ *The Economist* (1/10/94) ha estimado que si el actual crecimiento de China continúa, para el año 2020 será la economía más grande del mundo, rebasando incluso a Estados Unidos. Sobre la economía china y el proceso de privatizaciones e incorporación al capitalismo, puede consultarse a Françoise Lemoine, *La nouvelle économie chinoise*, París, Editions La Découverte, 1994. Sobre las diferencias de crecimiento interno, por provincias, diferencias semejantes a las existentes entre Alemania y los países más pobres de Europa del Este, pero en un sólo país, China, véase a Hirst y Thompson, *op cit.*, pp. 106 y ss.

¹⁴ Eric Hobsbawm, *op cit.*, pp. 563-564.

querría poner un ejemplo de este fenómeno, más grave todavía de como la presenta Hobsbawm, citado por Husson:¹⁵ el de la empresa Nike, de artículos deportivos. Por considerar que los salarios habían aumentado mucho en Malasia y en Filipinas, se trasladó a China. Con esta forma de operar, señala Husson, *se impide*, por determinaciones del centro, el crecimiento de un país (o de varios países) con aumento paralelo de salarios y del mercado interior. Finalmente, volviendo a Hobsbawm,

el tercer aspecto preocupante de la economía mundial de fin de siglo, su triunfo (por lo menos ahora) y el de una ideología de mercado libre debilitó, o incluso eliminó, la mayor parte de los instrumentos para gestionar los efectos sociales de los cataclismos económicos. La economía mundial era (es, diría yo) cada vez más una máquina poderosa e incontrolable. ¿Podría controlarse? Y, en ese caso, ¿quién la controlaría?”, termina Hobsbawm. Sobre esto volveré más adelante.

Otra característica distintiva del nuevo imperialismo es que el Tercer Mundo ha sido básicamente excluido de la llamada mundialización, salvo en un sentido: que haya mano de obra barata y calificada que garantice ciertos niveles de productividad. En otros términos, no basta que existan bajos salarios, pues éstos no compensan los niveles de insuficiencia de productividad y de desarrollo tecnológico; sino que la producción pueda competir en calidad y precio en el mercado mundial. Para el nuevo imperialismo, por lo tanto, interesan del Tercer Mundo sólo las regiones, zonas o ciudades donde pueda realizar el plusvalor más alto a niveles de calidad de exportación, ya que el mercado interno, crecientemente debilitado, interesa muy poco a las empresas mundiales. De aquí que su lógica sea excluyente e impermeable a cualquier concepción de desarrollo integral de una región multinacional o de un país. Excepcionalmente, interesan también ciertas materias primas estratégicas, pero no para trasladarlas a los centros industriales, como ocurría antes, sino para ubicar junto a ellas las industrias necesarias para obtener de esas materias primas el valor agregado más alto posible (sacar de los

¹⁵ M. Husson, *op cit.*, p. 108.

países desarrollados las industrias *sucias* en beneficio de su ecología). Las consecuencias de esta política ya comienzan a verse en la ecología, en los niveles de vida —más allá de los salarios— y en las condiciones de trabajo. La mundialización de la economía, conviene insistir, es excluyente de los países del Sur, con algunas excepciones (los países más desarrollados de los subdesarrollados y los que conforman la división internacional de círculos concéntricos en la zona de influencia de Japón). México, a pesar de formar parte comercialmente del Norte (con la firma del TLC), pertenece en este esquema al Sur, como lo demuestra su sector rural crecientemente depauperado, la tendencia a la quiebra de las empresas pequeñas y medianas, su economía informal en aumento y sin freno¹⁶ y las zonas indígenas.

En términos de Husson,

la noción de desarrollo desigual y combinado se aplica perfectamente al capitalismo contemporáneo. La dialéctica *fraccionamiento/integración* aparece en efecto como el movimiento principal de la economía mundial... Pero ha perdido su capacidad de extender a profundidad su lógica, y funciona como una enorme máquina de exclusión: más que asimilar a su lógica las capas sociales y las zonas geográficas, ejerce un aislamiento sistemático y rechaza todo lo que no tiene éxito para integrarse en su lógica.

Por lo tanto, este fraccionamiento no es sólo geográfico, sino esencialmente social al acentuar la pobreza o empujar a la miseria a millones de seres humanos aumentando, más que nunca, la polarización social, económica y cultural de los países del Sur. “Por primera vez en su historia, a no dudar, el capitalismo no puede poner al frente más que una *legitimidad limitada*, en este sentido, *la condición de su eficacia es que la mayoría de la humanidad no se beneficie*.”¹⁷

¹⁶ La economía informal es más característica de los países subdesarrollados que de los desarrollados, aunque en éstos ya se perciben signos inequívocos de su existencia y generalización, sobre todo en los barrios pobres de sus grandes ciudades. Otra característica de la economía informal que conviene destacar aquí es que el Estado no puede controlarla como quisieran los empresarios establecidos. Véase al respecto a Bruno Lautier, *L'économie informelle dans le tiers monde*, París, Editions La Découverte, 1994, especialmente el capítulo VI.

¹⁷ Husson, *op cit.*, pp. 119-121.

3. Estado, política y neoliberalismo

En 1971, cita Andreff,¹⁸ existía la opinión de que las funciones económicas del Estado terminarían por ser transferidas a las multinacionales,¹⁹ Y, desde luego, hubo críticas serias al planteamiento de esta posibilidad. Sin embargo, como ya he señalado, con la excepción de Estados Unidos, Japón y Alemania, muchas de las funciones económicas de los Estados, si aceptamos que el Estado tiene funciones, han sido, ciertamente, transferidas si no a las multinacionales sí a la lógica de los intereses de los grandes grupos de empresas que constituyen lo que se ha denominado mundialización de la economía, o simplemente eliminadas de las políticas públicas para facilitar los flujos de mercancías y de dinero, es decir, la adopción del modelo neoliberal como pauta de esas políticas públicas. La regulación a las inversiones extranjeras, el control de la moneda, la formación (o la promoción) del mercado interno, los salarios, la subsistencia en suma de una economía nacional y su posibilidad de desarrollo, son elementos que han sido subordinados a los intereses de las empresas que dominan la economía del mundo. En otras palabras, la empresa ha devenido la organización de “gobierno” de la economía mundial con el apoyo de los Estados nacionales y éstos se han visto reducidos a garantizar que los grandes capitales no tengan obstáculos. La política, la perspectiva política de los países del Tercer Mundo, y de no pocos del Primer Mundo (formalmente hablando), depende en gran medida del proyecto económico y de los planes de las grandes potencias y, por lo mismo, de las grandes empresas que componen lo que ha sido llamado la mundialización de la economía, terminándose de golpe con el “arcaico” problema del desarrollo de la humanidad, el bienestar, la seguridad y esos asuntos que ahora se consideran como meras derivaciones de la Ilustración.

Petrella, dice Husson, “teoriza esta inversión de papeles”. En el cuadro actual de la mundialización de la tecnología y de la economía, son los sujetos de vocación particular y portadores de intereses particulares los que “obtienen” y “orientan” la acción de los sujetos

¹⁸ Wladimir Andreff, *Les multinationales globales*, París, Editions La Découverte, 1996, p. 110.

¹⁹ Es el caso de R. Murray, “The internationalization of capital and the nation State”, en J. H. Dunning (ed.), *The multinational enterprise*, Allen & Unwin, 1971.

de vocación general, portadores del interés público. Se asiste entonces a una disociación creciente entre el “poder” económico mundializado y el “poder” político nacional.²⁰

En estas circunstancias, ¿cómo controlar el poder de las grandes empresas y cómo evitar que el proceso de mundialización, con su lógica excluyente, termine por dominar al mundo? ¿Qué hacer con quienes pierden no sólo el empleo sino la oportunidad de recuperarlo, de tener acceso a la salud, a la educación, a una vida digna y decorosa? ¿Qué hacer para mantener un cierto grado de democracia y a la vez la estabilidad política y social que necesitan las empresas para su desarrollo y reproducción en un mundo donde los inconformes y los desplazados aumentan en proporciones superiores a las posibilidades de absorción o de integración en, incluso, los países más desarrollados?

En el mundo de hoy los Estados controlan cada vez menos. La economía tiende a escapar crecientemente del control de los gobiernos nacionales. Algunos autores perciben a los Estados nacionales como autoridades locales del sistema mundial, como es el caso de Reich,²¹ pues se argumenta que no pueden afectar más los niveles de la actividad económica o el empleo en sus propios territorios, ya que éstos son dictados por las necesidades del capital internacional.²² El papel de los Estados-nación es como el de las municipalidades: proveer la infraestructura y los bienes públicos que los hombres de negocios necesitan a los más bajos costos.²³ El control sobre los medios de comunicación, sobre las comunicaciones vía satélite, sobre los flujos de capital, especialmente especulativo, e incluso sobre las inversiones productivas, se ha ido perdiendo nacionalmente. Lo único que no han perdido los Estados-nación, señalan Hirst y Thompson, es el control de sus fronteras, por lo menos formalmente (como bien se sabe en México, especialmente en el norte del país) y el control de su población —si exceptuamos a la élite de negocios o profesional y a los migrantes ilegales que huyen de las desespe-

²⁰ R. Petrella, “La mondialisation de la technologie et de l'économie”, *Futuribles*, no. 135, septiembre de 1989, en M. Husson, *op cit.*, p. 124.

²¹ R. B. Reich, *The work of nations*, New York, Vintage Books, 1992.

²² Esta afirmación, que parece exagerada, ya la hemos demostrado en Paulina Fernández C. y Octavio Rodríguez Araujo, *En el sexenio de Tlatelolco (1964-1970)*, México, Siglo XXI Editores, 1985.

²³ Hirst y Thompson, *op cit.*, p. 176.

rantes condiciones en que viven en su propio país. Cada vez es más difícil para los trabajadores emigrar a otros países para conseguir trabajo, pues en los países desarrollados el desempleo no parece tener solución a corto plazo. Y en los países subdesarrollados son muy pocos, proporcionalmente, los que pueden, legal o ilegalmente, salir de sus fronteras nacionales. Es más, el bienestar y el ingreso, por buenos, deficientes o malos que sean, siguen siendo, para la gran mayoría de la población, nacionales, a pesar de la mundialización de la economía en los límites que se quieran. De aquí que pueda afirmarse que los trabajadores, la población en general, serán lo último, si acaso, que pueda desnacionalizarse y lo único, al menos, que tendrán que seguir controlando los Estados nacionales por más dependientes que lleguen a ser de los grandes mercados y de la economía internacional. De aquí la idea de que los gobiernos deben ser fuertes hacia adentro, en el interior de cada país y, por lo tanto, crecientemente autoritarios.

5. Una alternativa, a manera de conclusión

La lucha contra el neoliberalismo es la lucha *contra la continuidad* del proceso de mundialización de la economía y, por lo tanto, en favor de la humanidad en su conjunto. Esta lucha, debido a que el neoliberalismo es mundial y *la lógica* de la mundialización de la economía es también mundial (aun siendo excluyente de la mayor parte de los países del mundo por cuanto a sus características de intercambio y de acumulación de capitales), deberá ser *popular e internacional por su contenido, nacional por su forma*. Popular, porque los sectores populares, aun en los países más desarrollados, son las principales víctimas del modelo económico y de las políticas públicas dependientes de este modelo. Internacional, porque a diferencia de lo que afirman los *post-modernistas* e incluso los *post-marxistas*,²⁴ existe una lógica totalizante del capitalismo, independientemente de las modalidades que adopta en cada país y de que el modelo dominante (mundialización) sea inacabado.

²⁴ Una discusión marxista con las posiciones *post-modernistas* es presentada por Ellen Meiksins Wood, *Democracy against capitalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, especialmente en el capítulo 8.

La forma de lucha deberá ser nacional por varias razones, como todo lo anterior, discutibles:

1. Porque los trabajadores y la población común en cada país están sujetos en su mayoría a las fronteras nacionales.

2. Porque es en cada país donde perciben un salario, donde tienen mayores probabilidades (aun proporcionalmente hablando) de tener un empleo, y obtienen (o pueden obtener) sus condiciones de vida y de bienestar.

3. Porque hay, inevitablemente, un sentimiento de identidad nacional generalizado —a veces, lamentablemente, de derecha e incluso neofascista.

4. Porque el Estado, independientemente de los intereses a los que sirva, es la única posibilidad, en su materialización como régimen político y como gobierno, de responder a los intereses de la población mayoritaria de la misma manera que ahora responde, en general, a los intereses de las grandes empresas mundiales y, en esta lógica, la única forma de minar la expansión del modelo de mundialización o de nuevo imperialismo que está en curso.

Este último punto encierra una gran complejidad y difícilmente podría ser desarrollado con amplitud en este espacio. Sin embargo, esquemáticamente, podría explicarse de la siguiente manera: si los gobiernos han podido, impunemente, asumir y llevar a cabo, con ligeras variantes, las condiciones del modelo neoliberal y, con éste, apoyar el proceso de mundialización de la economía como lo hemos tratado de explicar en los apartados anteriores, ello se debe, en buena medida, a que la sociedad gobernada lo ha permitido. La sociedad gobernada lo ha permitido entre otras razones por su desintegración (individualización de la sociedad) o, si se prefiere, por la falta de cohesión social, por la disminución de la fuerza organizada de los trabajadores, por la presión que sobre éstos ejerce la desocupación creciente, por la pobreza del medio rural especialmente en países del Tercer Mundo y por las limitaciones que tiene, en los hechos, la democracia incluso formal, además de regímenes de libertades restringidas. Si la correlación de fuerzas en cada país fuera diferente; si los trabajadores, junto con otros segmentos de la población víctima del neoliberalismo, se organizaran en frentes amplios para presionar a su gobierno por cambios en las políticas públicas o, en el extremo, se organizaran para sustituir un régimen opresivo y auto-

crático por otro que responda a los intereses mayoritarios de la población, es claro que, como Estado-nación, se podrán enfrentar las políticas del FMI, del Banco Mundial y de alguna potencia económica con injerencia en un país determinado.

Un movimiento, por sí solo, no puede al margen de la unicidad del Estado-nación cambiar una política económica o un conjunto de políticas de alcance nacional aunque su matriz sea internacional o extranjera; sería un contrasentido, pues al igual que la violación de los derechos humanos sólo puede darse desde el poder y no entre particulares; las políticas económicas, sociales, culturales, cualesquiera que éstas sean e independientemente de su orientación, sólo pueden imponerse (o administrarse en una sociedad democrática) desde las instituciones públicas, es decir, desde el Estado. Si Japón y los países de su zona de influencia, o los países escandinavos para el caso, han podido enfrentarse a las directrices del Banco Mundial y, en ocasiones, recientemente, modificarlas parcialmente, ello se debe a que los gobiernos de dichos países tienen legitimidad interna suficiente para actuar como lo han hecho, aunque esta legitimidad en ocasiones descansa sobre mitos religiosos, étnicos o nacionalistas o sobre una conciencia falsa generalizada en la sociedad.

Si la fuerza de la mundialización económica descansa, como ha sido señalado, en la dialéctica *fraccionamiento/integración*, y en lo único que ha tenido relativo éxito (puesto que la integración hasta ahora sólo ha sido en términos del modelo neoliberal impuesto) ha sido en el fraccionamiento que no es sólo geográfico sino esencialmente social, la fuerza contraria tendría que ser la unidad de acción internacional/nacional de *los excluidos*, en contra, *en primera instancia*, de las medidas neoliberales o, lo que es lo mismo, en contra de la orientación y fundamentación de los gobiernos que las han adoptado como propias. Dije *en primera instancia*, pues una lucha de esta naturaleza sólo puede verse, con rigor, como una fase, *una primera fase* de una estrategia de más largo plazo en donde se vería que el “nuevo pluralismo”, como le han querido llamar los post-marxistas, no resuelve los problemas derivados de la dominación ni de la opresión características del capitalismo. Pero ésta sería otra fase de lucha, y la que ahora nos ocupa es la lucha contra el neoliberalismo para detener y, de ser posible, corregir, el proceso de mundialización como se nos presenta ahora.